

Palabras de agradecimiento con motivo de la imposición de la encomienda con placa de la orden de Alfonso X el Sabio

Jaime Martínez Montero

Todavía está reciente la concesión a Jaime Martínez Montero, por el Ministerio de Educación y Cultura, de la Encomienda con Placa de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio por sus méritos en el transcurso de 30 años dedicados al mundo de la educación, en el que ha realizado numerosas tareas, siempre de forma excelente: Maestro, Inspector de Educación en la provincia de Cádiz, Inspector Central del Ministerio de Educación, Agregado de Educación en la Embajada de España en Suiza y, también, como Profesor Asociado en la Facultad de Ciencias de la Educación de Cádiz. Méritos que se extienden al mundo de la producción científica en el campo educativo, en especial por sus aportaciones a la Didáctica de las Matemáticas. Estamos acostumbrados a la realización de actos de homenaje y reconocimiento dirigidos a personas que dejan su labor y su presencia entre nosotros con motivo de la jubilación o, lo que es peor, de su muerte. Pero en este caso, cabe la satisfacción de poder hacerlo cuando la persona en cuestión permanece activa y entre nosotros en los quehaceres diarios. Por esta razón la Revista Tavira se quiere sumar al reconocimiento de los méritos mencionados, con la publicación de las palabras pronunciadas por Jaime Martínez Montero en el acto de concesión de la Encomienda.

Ilma. Sra. Subsecretaria de Educación y Cultura, Ilma. Sra. Viceconsejera de Educación y Ciencia, Excm. Sra. Alcaldesa de Cádiz, Ilmo. Sr. Delegado del Gobierno de la Junta de Andalucía, Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial de Cádiz, tan dignamente representado por el Diputado D. Juan García, Ilma. Sra. Delegada de Educación, Sr. Secretario General de la Delegación Provincial de Educación, restantes autoridades, queridos compañeros, directores, maestros y profesores y amigos:

Quiero comenzar dando las gracias a todos los inspectores que han promovido la concesión, a las autoridades de la Junta de Andalucía que la hicieron suya, especialmente a los cuatro Delegados de Educación que tuve la suerte de tener como Jefes, y a las del Ministerio de Educación y Cultura, que han tenido a bien concederla. Agradezco profundamente a la Ilma. Sra. Subsecretaria se

desplazamiento hasta Cádiz con el fin de imponerme la condecoración que ya ostento. También a la alcaldesa de Cádiz, que tanto interés se ha tomado en que todo el proceso llegara a su fin.

El ingreso en la Orden de Alfonso X el Sabio me llena de satisfacción. Quizá no sea el más indicado para entrar en esta orden, ni la persona que más lo merezca, pero me llena de orgullo que todos mis compañeros sí lo hayan creído así. En este duro juego de la vida he tenido la suerte de que los amigos y colegas con los que convivo y me hacen de espejo me devuelvan una imagen muy mejorada de mí mismo.

Hace 30 años un mes y 13 días que cumplí mi primer día de trabajo como maestro. Desde entonces me vengo ganando la vida en el mundo de la educación. Decía Ramón y Cajal que de la humanidad sólo apreciaba tres grandes

obras: el amor, el arte y la ciencia. Yo añadiría una cuarta: la educación. Cuando hablo de que el mundo de la educación me ha permitido ganarme la vida quiero decir que la educación me ha permitido conocer los aspectos más nobles, vitales, afectivos e intelectuales de los seres humanos, me ha puesto en contacto con unos hombres y unas mujeres entrañables, y con unos valores por los que merece la pena comprometer una vida. Yo digo que me he ganado la vida porque la vida que he vivido ha merecido la pena vivirse, me ha hecho crecer, me ha hecho evolucionar, creo que a mejor.

Me he ganado la vida porque el mundo de la educación me ha enseñado cómo la ruindad de las condiciones externas, el desprecio y el abandono son vencidos por una gran personalidad y por la importancia de una tarea. Era el caso de mis maestros, malviviendo durante el franquismo. Recuerdo a uno de ellos, con diez hijos y sin que su mujer trabajara, que era, además de maestro, practicante, contable y alguna cosa más, y que ofrecía al tiempo un modelo de vida y un sentido enorme de la dignidad. ¡Cuántas generaciones de alumnos lo han bendecido! ¡Cuántos muchachos y muchachas se han librado de la sordidez y de los horizontes estrechos que entonces proporcionaba un pueblo gracias a este tipo de personas!

Me he ganado la vida porque he visto encarnado en personas reales un sentido de la profesión elevado. Aún no sé qué cosa concreta sea la vocación, ni si ésta existe o no. Pero sí he conocido a profesores de instituto que, sin proponérselo, han presentado su materia de una forma tan clara y atractiva, con tanta pasión y compromiso, que muchos adolescentes descubrieron una vocación, una tendencia, una necesidad de orientar su vida intelectual, sus capacidades, en un campo concreto del saber. ¡Cuántos han estudiado ciencias, matemáticas, literatura, música, francés, porque su profesor

del instituto les ha descubierto en esas materias un mundo maravilloso y del que ya no se pudieron sustraer!

Me he ganado la vida porque he descubierto, gracias a grandes docentes, la extraña virtud de ligar a vidas anodinas y corrientes de chiquillos, a experiencias infantiles inocuas y vulgares, conocimientos, ciencias, poesías, pinturas, música. Se estudiaba en clase una poesía con destino a ser olvidada tan pronto se saliera al recreo, y el maestro, o el profesor de Literatura, te hacía prestar atención, te hacía caer en el profundo significado de sus palabras, en la belleza de sus imágenes, y a partir de ese momento te sentías un poco transformado, un poco mejor. Lo mismo podía ocurrir con un hecho histórico o con un acontecimiento científico: al destacar el rasgo de coraje o de rebeldía, de sacrificio o de perseverancia, de desesperación profunda o de alegría por alcanzar algo muy difícil, se producía la conexión de ese episodio con nuestra esfera más profunda y personal. Gracias a eso ya nunca más toda una serie de conocimientos, nociones, piezas literarias, hechos históricos o científicos, los consideré ajenos o “rollos” sin sentido. A veces pienso si todo el secreto de la enseñanza no está en esto, en conectar los anhelos, las inquietudes, los deseos y aspiraciones de nobleza que surgen espontáneamente dentro de nosotros, con los productos intelectuales, morales y artísticos más selectos y elevados que ha producido la humanidad.

Me han enseñado a ganarme la vida, por ejemplo, docentes e inspectores que creen de verdad que mientras existan niños el mundo tiene arreglo. Personas que se entregan, como dice Hubert, a los seres más débiles y a la vez más abiertos a todas las influencias como son los niños. Personas que luchan por lo que hay de sagrado y misterioso en la ingenuidad de los alumnos, que dedican su vida a salvaguardar y

fomentar las posibilidades latentes que atesoran las criaturas, las potencialidades de su desarrollo frente a su incierto y desconocido futuro, que entregan todas sus fuerzas para asegurarles un desarrollo tan completo como sea posible. Ahora mismo están sentados en nuestras aulas el futuro presidente del gobierno, algún premio nóbel, magníficos profesores universitarios o futuros deportistas de élite que harán vibrar al país. También habrá algún desaprensivo o indeseable. Pero, ¿quiénes son? ¿Alguien se atreve a pronosticar? Respeto, como he dicho, por las posibilidades que todos tienen abiertas, y respeto por el lugar en que éstas se pueden acrecentar o malograr.

Me han enseñado a ganarme la vida los compañeros que han ejemplificado la seriedad profesional, que no se han prestado a la demagogia, que no se han dedicado a enaltecer y aumentar la inconsciencia y la ignorancia infantil y juvenil, que no le han dado el brillo de su cargo y su autoridad a la inmadurez y a las visiones parciales y carentes de perspectiva. Me decía un inspector, de estos que dan nombre a un colegio, que el profesor debe tomar sobre sí la responsabilidad de decidir sobre muchos aspectos de la vida del niño o el joven, y que su referencia debe ser exclusivamente tomar la decisión (u orientar hacia ella) que el niño tomaría si fuera un adulto formado y responsable. Me contaba algo que vale por muchos tratados de Pedagogía: Vino a saludarlo uno de sus antiguos alumnos, ya mayor, para darle las gracias “porque tomó sobre él, cuando era niño, las mismas decisiones que él ahora mismo hubiera tomado de haber vivido aquellas situaciones”.

Y me han enseñado a ganarme la vida, en fin, tantos compañeros inspectores que para mí, joven e inexperto cuando me incorporé a esta profesión, representaron la primera personificación de los valores que uno había apenas intuido y atisbado: el estudio, la

reflexión, el respeto, la profesionalidad, la objetividad, la honradez, el compromiso, la ciencia. Para mí fue una tremenda suerte haber llegado a esta provincia y aterrizar en esta Delegación y en esta plantilla. Si se me permite la metáfora enológica (no en vano se es de tierra de buen vino y se vive en otra que no le va a la zaga), uno llegó siendo un vino joven, como es el de Valdepeñas, si se quiere chispeante, del año, ameno para un aperitivo y poco más. Pero caí en la bota de magnífico roble de esta Delegación y me mezclaron con las soleras selectas y reservadas del Servicio de Inspección de Cádiz. Lo que haya salido de ello es mérito del continente y del medio en el que tuva la fortuna de difundirme.

Al igual que mi ámbito de trabajo me ha permitido ganarme la vida, la gran misión de la escuela es procurar que los niños se ganen la vida. Todavía tienen los alumnos sentimientos, impulsos y deseos de raciocinio que se pueden soldar con los muchos contenidos que la escuela ofrece.

Porque no hablamos de que los niños aprendan geografía, sino de que, como dice Dewey, conozcan el marco en el que el hombre se siente un ciudadano del mundo. Hablamos de ver las enseñanzas que se derivan de la relación del hombre y su cultura con el paisaje, y de cómo unas culturas se dejan ganar por él y cómo otras lo transforman. Cómo una actuación del hombre cambia los vergeles en desiertos y cómo otra, de otra cultura, cambia los desiertos en vergeles. Y cómo entre ambas actuaciones hay un deseo deliberado, una puesta en acción de las mejores cualidades y de las mayores potencias del hombre: trabajo, solidaridad, ideas y objetivos claros. Aquí se juega algo muy importante: el lugar de nacimiento, la raza, la época, etc., no supone un obstáculo insalvable para nada. La longitud y la latitud, en definitiva, no determinan nada que no se quiera aceptar pasivamente por el ser humano. Los estudios

geográficos son, así, el marco que va a permitir como dice Dewey, la expansión de la experiencia del hombre en el espacio.

Porque no hablamos de que los alumnos aprendan historia, hablamos de que aprendan a relativizar las actuales circunstancias y su puesta en relación con el pasado. Hablamos de que se den cuenta de que las cosas son así, pero que han podido ser de otra manera y de que está en nuestras manos el que lo sean en el futuro. Hablamos de que por la historia veamos que una gran parte de los afanes del hombre ha ido a librarse de los prejuicios de las razas, las religiones, los pueblos, el género, y cómo detrás de esos inventos siempre había unos intereses bastardos, de aprovechamiento por unos pocos de los bienes y riquezas que pertenecían a muchos. Hablamos de que, como señala Dewey, por la historia aprendamos el itinerario del hombre, que empezó sólo, como cualquier animal actual, y ha hecho un gran recorrido: cómo ha ido resolviendo los problemas de alimentación, refugio y soledad, y a su amparo han salido a relucir la familia, el pueblo, la sociedad, el arte, el hogar, la solidaridad, la ayuda a los débiles, la rebeldía ante la injusticia, la ciencia, los mitos y los relatos, y ese deseo universal de dejar a los hijos lo mejor de lo que se tiene y de lo que se sabe. Hablamos de que por la historia los niños sepan que quienes de verdad han hecho avanzar el mundo han sido los científicos e inventores, y los poetas y artistas que han volcado en lenguaje accesible a todos y han popularizado, han hecho amables, tales inventos y progresos. Se trata de que los alumnos sepan que cualquiera de los bienes que hoy se disfrutan sin darles la mayor importancia, tienen detrás muchas horas de estudio, de esfuerzo, de incertidumbre. Hablamos en definitiva de que por la historia sepan los alumnos que todo el devenir del hombre consiste en un larguísimo proceso de liberación, de huida de las supersticiones y de cómo sólo ha habido mejoras reales cuando se

ha producido la expansión de la cultura y la ciencia en capas cada vez más amplias. Y cómo las sociedades más desarrolladas, más pujantes, con más posibilidades, no son las más agresivas, cerradas e insolidarias, sino todo lo contrario: las que protegen a los más débiles, las que garantizan el derecho de los seres más inmaduros, las que dejan las grandes decisiones, por mucho que se puedan orientar, a la voluntad libremente expresada de todos y cada uno de sus miembros.

Porque no hablamos de que los alumnos aprendan matemáticas, sino de que, como dice Servais, ejerciten el juicio, de que aprendan a separar lo verdadero de lo falso, lo demostrado de lo no demostrado. Se trata de organizar lógicamente la cabeza: ordenar ideas, reconocer hipótesis, consecuencias, causas, medios, ocasión, efectos. Se trata de ponerlos en el camino de arribar a la objetividad, a la precisión, al gusto por la investigación: en definitiva, de llegar al método científico. No se trata de aprender matemáticas, sino de que ésta sea el instrumento para que el alumno aprecie la armonía y sepa expresarse con ella. No se trata sólo de descubrir y apreciar las simetrías, proporciones, armonías y relaciones en la arquitectura, la pintura, la escultura, etc., sino también de conseguir la expresión mental de la belleza y la sencillez: algo tan difícil como saber expresarse con concisión, claridad, orden y elegancia. En muchas ocasiones, se desdén el papel de las matemáticas en la educación moral. Pero de educación moral hablamos cuando se trata de inculcar el cuidado de conocer y comprender los principios de las cosas, los fundamentos, los a priori, de establecer el hábito de investigar las preguntas y las justificaciones, de no quedarse con la explicación fácil. También hablamos de educación moral cuando se trata de crear probidad y lucidez acerca de sus propias observaciones, opiniones y deducciones formales. Y también hablamos de educación moral, finalmente, cuando la

voluntad consigue reforzar la capacidad de atención, de concentración y esfuerzo.

Porque no hablamos de que los alumnos aprendan educación plástica y visual. Hablamos de darle a los alumnos la posibilidad de crear su propio mundo: el de las formas, los colores, los sonidos, las palabras, las sensaciones, las experiencias, en palabras de Suchodolski. Pero no sólo de crear su propio mundo, sino un ámbito de libertad. El arte es una forma a través de la que se expresa la libertad del hombre: hablando, manipulando formas, colores, sonidos, con unos códigos y una sintaxis mucho más abierta y llena de posibilidades que la que nos sirve cada día. Porque no se enseña arte, sino a frecuentar la esfera extraordinaria en la cual los individuos se encuentran con sus sensaciones sin encontrarse física ni socialmente. La educación prepara al alumno para ingresar en la sociedad y ser miembro activo de ella. La educación en el arte prepara e introduce al alumno en una sociedad humana muy especial. La que rebasa las fronteras, los países y los idiomas, ligando con un hilo invisible a hombres que no se conocen, pero que comparten las emociones, la belleza y los sentimientos que les evocan el disfrute de la obra de arte. Está la comunidad de los oyentes de Brahms, de Mozart, de los admiradores de Picasso, de Delibes, de Heine o de Withman.

Poco más. Mi mayor orgullo y mi mayor tesoro es servir a una institución, la inspección de enseñanza, que procura promover y mantener los valores que hasta aquí he expresado. Nuestro compromiso es el saber, la cultura y la libertad. Hago más las palabras de Unamuno: "Sólo el que sabe es libre, y más libre el que más sabe y el que, por saber más, se ve forzado a elegir lo mejor. Sólo la cultura da libertad....No proclaméis la libertad de volar, sino la de dar alas; no la de pensar, sino la libertad que da el pensamiento. La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura; sólo la

conquista de la cultura le hará dueño de sí mismo: que es en lo que estriba la democracia". Así, parafraseando a Borges, creo que ayudamos a que se cumplan esos designios del universo que nadie nos ha revelado, pero que todos compartimos e intuimos.

Termino ya. Vuelvo a daros las gracias y malcopio a Celaya, del que tomo la idea, pero no las palabras: Si es verdad que existo y que estoy aquí, si es verdad que todo esto lo habéis organizado porque creéis que soy un buen compañero, si es verdad que gracias a vuestro esfuerzo mi mujer me mira con un brillo especial en los ojos, si es verdad que porque os habéis empeñado en hacer este acto mis hijas recordarán siempre este momento y subirá un punto el orgullo y el cariño que sienten por su padre, si verdaderamente esto es así, entonces gracias, de corazón, muchas gracias por todo.